

Fecha 05.03.2009	Sección Primera-Opinión	Página 19
----------------------------	-----------------------------------	---------------------

Vecinos

Luis Maldonado Venegas

México y Estados Unidos, mexicanos y estadounidenses, están obligados a ser buenos vecinos. La buena vecindad es *conditio sine qua non* de nuestra relación. Compartimos una de las fronteras más extensas del planeta, aunque históricamente parece que no ha sido más que eso. Somos diferentes, lo cual nos impone una obligación adicional: conocernos y comprendernos en un clima de respeto y colaboración para atender y asumir responsabilidades comunes. Solamente así podremos resolver problemas que también nos son comunes.

Somos diferentes en lo económico. EU es una potencia; nosotros seguimos siendo una nación en vías de desarrollo, como eufemísticamente llaman los especialistas a países con lacerantes problemas de inequidad y distribución de la riqueza. Somos diferentes también en lo cultural y hasta en lo militar.

Así como más de medio millón de mexicanos buscan el norte espoleados por el desempleo y la pobreza, hay otros cientos de miles, tal vez millones, que tienen la percepción de que nuestra miseria y subdesarrollo fueron causadas por la explotación de la que surgió el mundo industrializado y rico de hoy.

En su libro *Las venas abiertas de América Latina*, Eduardo Galeano documentó, en 1971, el saqueo de recursos naturales que sufrió el continente, primero a manos del colonialismo y luego bajo el imperialismo. Dos de los grandes temas de la obra de Galeano, "La pobreza del hombre como causa de la riqueza de la tierra" y "El desarrollo es un viaje con más naufragos que navegantes", dejaron en miles de jóvenes mexicanos la semilla del resentimiento. Semilla que en muchos de ellos maduró, abonada por el recuerdo de nuestra pérdida territorial en el siglo XIX. ¿Quién desea levantar la cosecha?

Alan Riding, en 1985, escribió un agudo testimonio de esta difícil relación en su libro *Vecinos distantes*. Y antes de él, vale la pena recordar las célebres expresiones de Sebastián Lerdo de Tejada: "Entre el fuerte y el débil, el desierto"; y de Porfirio Díaz: "Pobre de México tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos". Estas reflexiones vienen a mí ante la "alerta de viaje" emitida el 20 de febrero por el Departamento de Estado a más de 100 mil jóvenes estadounidenses que están por venir a centros turísticos de México, como lo hacen cada año en las vacaciones de primavera (*spring break*).

Como bien señala *The Washington Post*, "en vez de un folleto brillante anunciando las delicias del país, la alerta que fue emitida el viernes se lee como el complot de una película de crimen". Pero otros medios han hecho advertencias ridículas, como el *San Francisco Gay Travel Examiner*: "Mientras la mayoría disfruta sus vacaciones, varios pueden morir, cientos serán arrestados y otros cometerán errores que los podrían afectar por el resto de sus vidas". A esto subyace el problema del narcotráfico, sobre el cual desde 1969 manifestaron su preocupación ambos países, cuando se montó la primera "operación intercepción". Lamentablemente, la situación no ha mejorado. Al contrario.

Ante este panorama, no podemos dejar de puntualizar: hay tráfico de estupefacientes porque hay un gran mercado: el de EU; hay disputas entre las bandas porque son cuantiosas las ganancias millonarias... en dólares. Y en los violentos enfrentamientos entre bandas o con el Ejército mexicano, las armas usadas son de manufactura estadounidense. México, mal o bien, trata de limpiar su casa. Otro tanto debe hacer su poderoso y próspero vecino.

luismaldonado@senado.gob.mx

Senador y presidente del CEN de Convergencia

